

CAPÍTULO VI. *De la segunda armada que Diego Velázquez hizo para la prosecución del nuevo descubrimiento de esta Nueva España; y cómo Fernando Cortés se partió con ella, y cosas que sucedieron en este despacho y partida*



ON LAS NUEVAS QUE PEDRO DE ALVARADO trajo a Diego Velázquez de la riqueza de la tierra y vuelta de Grijalva, se determinó a hacer otra armada y escribió una carta al capitán que se volvía del descubrimiento y despachóla al puerto de Matanzas, donde Grijalva la halló; en la cual le decía que con priesa llegase a Santiago y que dijese a la gente, que se aderezaba otra armada para volver a poblar, y que a los que quisiesen volver en ella mandaba que se entretuviesen en unas estancias que allí tenía. Vino Grijalva con mucha priesa y llegó a la ciudad de Santiago donde ya la armada se estaba disponiendo; fue recibido mal y peor tratado del gobernador y enviado a su casa; y con los navíos que volvió llegó Diego Velázquez los de la armada al número de diez. Y para que el descubrimiento fuese con más fundamento y sin estropezos ni embarazos envió a La Española a Juan de Salcedo a pedir licencia a los padres hierónimos con algunas muestras de lo hallado, y a Castilla envió a Benito Martín, su capellán, con las nuevas relaciones muy cumplidas del descubrimiento y piezas ricas de oro y otras cosas con que se confirmase cuanto enviaba a decir, y para que suplicase al rey le hiciese algunas mercedes y diese algún título por sus largos servicios y por si se hubiese de hacer algún asiento para la población y lo demás que descubriese; y dando priesa en el armada (en que gastó más de veinte mil ducados), pensó en quién pondría los ojos para encomendarle esta jornada; habló para ello a Baltasar Bermúdez, también natural de Cuéllar, su tierra, y se lo rogaba mucho, diciéndole que lo hacía por honrarle. Pidióle tres mil ducados para ir bien armado y proveído; dejóle diciendo que sería más el gasto que el provecho. Y como dice Gómara, tenía poco estómago para gastar siendo codicioso y quería enviar armada a costa ajena, que así había hecho casi la de Grijalva; porque Francisco de Montejo puso un navío y mucho bastimento y Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordás y otros muchos fueron a su costa con Juan de Grijalva; y discurriendo por las personas a quien podría encargar aquella armada no se acababa de resolver porque también discurría sobre encomendársela a Antonio Velázquez Borrego y Bernardino Velázquez, sus parientes. Era contador del rey en aquella isla Amador de Láriz, burgalés, hombre astutísimo y que no sabía leer ni escribir, aunque con la prudencia y astucia suplía las faltas; y aunque era pequeño de cuerpo había servido de maestresala al Gran Capitán y gastado con él muchos años en Italia y con éste insistió Fernando Cortés de tener grande amistad, que no era muchos quilates menos astuto que él, y por esto creyeron muchos que se habían ambos confederado en tanto grado que partirían la hacienda que Cortés adquiriese en aquel viaje.

Como Diego Velázquez comunicaba con Amador de Láriz las cosas de la armada, como con oficial real que era, y todas las otras que tocaban a la gobernación de la isla, le persuadió, ayudado de su secretario Andrés de Duero, que también era amigo de Cortés, que se la encargase; y como Diego Velázquez conocía bien a Amador de Láriz, siempre vivía con él recatado; pero como cuando los que aconsejan, si tienen crédito y juntamente con él tienen interés propio, una vez u otra guían la resolución de los negocios al fin que les conviene, como la saeta que se encamina y endereza al blanco y con esta industria alcanzan lo que quieren, así le sucedió a Láriz con Diego Velázquez y salió con su intento; porque Diego Velázquez se determinó de nombrar a Fernando Cortés por capitán general de aquella armada porque tenía dineros, y quería que armasen los navíos y jornada a medias y en ella gastó veinte mil ducados. Fernando Cortés (que tenía grande ánimo y deseos) acepto la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no sería mucha la costa. Era Cortés aquel año alcalde, y como él era alegre y orgulloso y sabía tratar a cada uno conforme a su inclinación, supose dar tal maña en agradar a la gente que para el viaje y población se allegaba (que era toda voluntaria por las riquezas que se prometían), y con veinte mil castellanos con que se hallaba comenzó a ponerse a punto y gastar largo, tratándose como capitán de una jornada de tanta esperanza como aquélla.

Nombrado Fernando Cortés por capitán general (de que unos se holgaban y a otros no les placía) comenzaron los dos a despachar con más veras y cuidado la armada. Y para este despacho iba cada día Diego Velázquez al puerto, que estaba cerca y Cortés con él y toda la ciudad con ellos a ver los navíos y proveerlos. Y una vez iba delante de ellos un truhán, llamado Francisquillo, que tenía Diego Velázquez en su casa y volviéndose a él, dijo a Diego Velázquez: Mira lo que haces, no hayamos de ir a montar a Cortés. Dio Diego Velázquez grandes gritos de risa; y dijo a Cortés (que como alcalde iba a su lado): Compadre (que así le llamaba siempre), mirad qué dice aquel bellaco de Francisquillo. Respondió Cortés, aunque lo había oído (fingiendo que iba hablando con otro): ¿Qué, señor? Dijo Diego Velázquez ¿que si os habemos de ir a montar? Respondió Cortés: Déjele vuestra merced, que es un bellaco loco. Y a él le dijo: Yo te digo loco, que si te cojo que te haga y acontezca. Cosa común es decir que los niños y los locos dicen las verdades; y aunque por lo que de presente pasaba no podía saber Diego Velázquez lo por venir, a lo menos por cosas pasadas pudiera haber advertido que empresa tan alta y jornada tan importante no se había de dar a ninguno de quien no tuviera muy entera confianza; y cuando a todos se la negara la había de hacer en persona; pues las premisas que había de lo que había de ser le aseguraban fines muy honrosos; y ya que no la tomaba a su cargo no debiera de encomendársela a Cortés, que sabía de él que en otras ocasiones se había recelado de su fidelidad y seguro. Pero como según por relaciones parece lo hacía por no gastar, sino echar a otros el gasto, sucedióle que por querer mucho lo perdió todo y se quedó sin nada.

Este dicho de este loco, bien imagino que escaldaría a Cortés y más si él sentía en su pecho que decía verdad el mozuelo y que tenía otros pensamientos secretos de lo que en las apariencias mostraba; y era fuerza que si así era le hubiese de causar pena ver ya públicos sus ocultos juicios; y que estos dichos y otros semejantes podían ser causa de estomagar a Velázquez y de ponerle en mayores recelos y cuidados; y así fue que escarbando aquellas palabras en el pecho y alma de Diego Velázquez y de sus deudos y amigos, que hasta entonces no habían reparado ni mirado mucho en ello, le hablaron de veras y dijeron, que cómo no advertía en el yerro grande que hacía en fiar a Cortés (a quien él mejor que otro conocía) empresa de tan grande importancia y en que tanto iba su honra y hacienda; y que era cosa cierta que Fernando Cortés se le había de alzar según sus astucias, trayéndole a la memoria lo que en Baracoa le urdía y otras cosas cuantas pudieron hallar para persuadirle. Bermúdez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalva había traído y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velázquez quisieran ser los capitanes y cabezas de la armada, como deudos y parientes que eran aunque no eran para ello, según dicen otros. Pensó también Diego Velázquez que aflojando él cesaría Cortés; y como ni por esto ni por otras cosas lo hacía, echóle a Amador de Láriz (que era su amigo) para que dejase la ida, pues que Grijalva era vuelto y que le pagarían lo gastado. Cortés entendiendo los pensamientos de Diego Velázquez dijo a Láriz que le dijese que no dejaría de ir por ninguna cosa de el mundo, aunque ya no fuera por más de por haberse divulgado y ser caso de menos valer, dejar de ir a la jornada no habiendo cosa forzosa que lo impidiese y estorbase; ni que tampoco quería apartar compañía. Y que si Diego Velázquez quería enviar a otro a su sola cuenta que lo enviase, que él no había de dejar la de entrambos. En especial que ya había venido licencia de los frailes gobernadores para que Cortés pudiese hacer la jornada. Comenzó desde este día a buscar dineros para aviarse mejor, porque ya Diego Velázquez no le acudía, y habló a sus amigos y allegados por ver el ánimo que en ellos hallaba y el que tenían de seguirle; violos muy determinados de acompañarle. Tomó fiados cuatro mil pesos de tres u cuatro mercaderes; compró dos navíos, seis caballos, armas y vestidos. Tomó casa, hizo mesa y comenzó a ir con armas y mucha compañía de que muchos murmuraban diciendo que tenía estado sin señorío. Pero ya que entonces no representaba el presente, a lo menos anunciaba en aquello todo el futuro y por venir.

Todo lo que el gobernador trazaba para detener a Fernando Cortés y estorbarle la jornada y cosas de el despacho de la armada comunicaba con los oficiales reales, en especial con Amador de Láriz; y así se lo descubrió a Cortés, aunque según era despierto y avisado no era menester que nadie se lo advirtiese, pues bastara para entenderlo mirar a la cara a Diego Velázquez. Luego el día que lo supo aguardó la noche y estando todos acostados y en el más profundo silencio del sueño fue a despertar a sus mayores amigos, diciéndoles que luego convenía embarcarse, y con el número de

ellos que le pareció bastante para defensa de su persona, fue a la carnicería, y aunque le pesó al obligado, tomó cuanta carne había y la mandó llevar a los navíos; no embargante que se quejaba, que si faltaba la carne para el pueblo le llevarían la pena y quitándose una cadenilla de oro que llevaba al cuello, se la dio; y sin estruendo se fue a los navíos, adonde ya halló mucha gente embarcada, porque era grande el deseo de todos de salir con aceleración y priesa a esta jornada. Diego Velázquez fue avisado del obligado u de otros que le vinieron con aviso de que Cortés se iba y que ya estaba embarcado. Levantóse, y toda la ciudad espantada fue con él a la mar luego en amaneciendo; y en viéndole Cortés mandó aparejar un batel, guarnecido de falconetes, escopetas y ballestas y con la gente de quien más se fiaba se acercó a tierra. Díjole Diego Velázquez: ¿Pues cómo, compadre, así os vais? Buena manera es ésa de despediros de mí. A esto respondió Cortés: Señor, perdone vuestra merced, porque estas cosas y las semejantes antes han de ser hechas que pensadas. Vea vuestra merced qué me manda y avise de su gusto.

No tuvo Diego Velázquez que responder viendo tanto atrevimiento y resolución, y volviéndose Cortés a los navíos mandó alzar las velas a diez y ocho de noviembre con más de trescientos soldados, con muy poco bastimento, porque aún no estaban los navíos cargados. Fuese al puerto de Macaca, quince leguas de allí, donde había una hacienda de el rey, y en ocho días hizo hacer a los indios más de trescientas cargas de pan de cazabi (que cada una pesa dos arrobas y es comida de un mes para una persona). Tomó puercos, aves y todos los bastimentos que pudo, diciendo que lo tomaba prestado y comprado para pagarlo al rey. De aquí se fue por la costa de Cuba abajo y descubrió un navío de la isla de Xamaica cargado de puercos, tocino y cazabi que llevaban a vender a Cuba; y aunque pesó a su dueño se le llevó a la villa de la Trinidad que estaba en aquella costa, ducientas leguas y más de la ciudad y puerto de Santiago; y luego tuvo noticia que pasaba cerca otro navío cargado de bastimento para provisión de la gente que andaba en las minas de la provincia de Xagua. Envió al capitán Diego de Ordás con una carabela, que lo llevó al cabo de San Antón por apartarle de sí; porque por ser hechura de Diego Velázquez se temía de él con orden que allí le aguardase. En la villa de la Trinidad mandó poner su estandarte delante de su posada y pregonar su jornada, como se había hecho en la ciudad de Santiago, y entendió en buscar armas; y parte por fuerza, parte por grado, tomó bastimentos y algunos caballos, apaciguando a los dueños con conocimientos que les daba que se lo pagaría en tantos pesos, y allí se embarcaron cien soldados de los de Grijalva que estaban esperando la armada (como Diego Velázquez antes lo había escrito), a los cuales no pesara de llevarle por general y en Cuba se lo advirtieron a Diego Velázquez. Embarcáronse aquí también los cinco hermanos, Pedro, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan de Alvarado, con otros hombres de suerte. Escribió Cortés a la Villa de Sancti Spiritus, diez y ocho leguas de allí, engrandeciendo la jornada, convidando la gente, porque había mucha principal; y como la fama de grandes cosas que de ella se pro-

metían ya se había extendido, acudieron algunos y entre ellos fueron principales Juan Velázquez de León, pariente de Diego Velázquez, Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel, Juan Sedeño, Gonzalo López de Ximena y Juan López, su hermano. Y también embarcó los indios que pudo haber para el servicio. Pasó a la villa de San Cristóbal (que a la sazón estaba en la costa del sur, que después se pasó a la Habana), y allí cargó de todo el bastimento que pudo, pagándolo como pagaba lo otro.

*CAPÍTULO VII. De cómo Fernando Cortés prosigue su viaje a Nueva España y prevalece contra los estorbos de Diego Velázquez que pretendían impedirle la jornada; y reparte su gente y nombra capitanes*



UEDÓ DIEGO VELÁZQUEZ con la partida repentina de Cortés tan lastimado, que si entonces pudiera es muy de creer que se le opusiera y quitara el armada; pero como estaba en tierra y desapercibido y Cortés en la mar y con gente armada, sufrió con paciencia lo que de corazón vengara. Y viendo su desobediencia y juzgándole ya por hombre alzado, desconfiaba de él cualquiera buena correspondencia; aunque por otra parte le hacía fuerza ver que se preciaba de honrado; y por aquí hallaba puerta para creer que no tan de todo punto había de faltar a buenos términos como se le representaba, ni que haría cosa que pareciese indigna de quien era y que se pudiese llamar desconocimiento ni ingratitud; y aunque conocía el engaño de Amador de Láriz, disimulaba con él porque veía que no podía remediarlo; pero sus deudos Juan Velázquez (que llamaron el Borrego), Bernardino Velázquez y otros, afeando el hecho, le indignaban y asimismo Juan de San Millán (que llamaban el Astrólogo) y le persuadían que revocase los poderes a Fernando Cortés, diciendo que no esperase de él ningún reconocimiento y que se acordase que le tuvo preso y que era mañoso, y que si presto no lo remediaba lo echaría de parte y se quedaría con todo.

Con estas irritaciones y cosas que le decían estos hombres a Diego Velázquez se determinó a enviar dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, que harían las diligencias que deseaba con mandamiento y provisiones para Francisco Verdugo, su cuñado (que era alcalde de la villa de la Trinidad), dándole comisión para que detuviese el armada; porque ya Fernando Cortés no era capitán y se le habían revocado los poderes. Escribió a Diego de Ordás, a Francisco de Morla y a otros, para que ayudasen en ello a Francisco Verdugo. Aquí se encuentran los coronistas Francisco López de Gómarā y Antonio de Herrera; porque Herrera dice:<sup>1</sup> que Fernando Cortés, a quien no se le encubrió mucho lo que pasaba, habló en secreto a Diego de Ordás, que ya era vuelto del Cabo de San Antón y a todas las de-

<sup>1</sup> Decad. 2, lib. 3, cap. 13.